



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 14 DE JULIO DE 2024

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

La escama aplatanada

Ahora, el cansancio hizo otra de las suyas en mi mente y su sombra volvió a cubrirme. Les dejo dos cuentos de mi hijo. (Olga de León G.)

EL DECAPITADO POR ASOMBRO

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Salí de mi casa, luego de haber tocado la batería. No le atino al ritmo, pero me gusta golpear los tambores durante horas. Pum, pum, pum. Sueño que un día tocaré con Metallica. Y no es mi único sueño. Tal vez un día también llegue a ser peleador de lucha libre profesional. Todos los domingos voy a la Coliseo con mi papá y vemos a los luchadores más importantes del mundo que vienen a la ciudad. Son puros gritos y chingadazos. Mi papá se toma unas cervezas y a mí me da unos traguitos; me saben amargos. Mi jefe se pone como loco durante la pelea estelar, a dos de tres caídas sin límite de tiempo. Grita y grita y grita. "¡Mátalo! ¡Rómpele el hocico!". Uy, de todo gritan ahí. Y como yo quiero ser luchador, también me emociona entrenar. Ensayo con mis amigos de la cuadra.

Ellos son más pequeños, pero aún así, son un reto, porque no quieren pelear a la primera. Los tengo que hacer enojarse para que comience la batalla. Por eso, hoy salí un poco tarde de mi casa, porque sé que ya se han reunido en la cochera de la casa grande de la esquina y ahí voy a encontrar a mi retador de la tarde. Ahí voy, dando pasos gigantes.

Y alcanzo a verlos. Suelen ser más de diez, pero aún no han llegado todos. Están sentados en la bardita: de derecha a izquierda: Tomás, Julio, Diego, Ambrosio, Miguel, Ramiro y Samuel. Son los más chiquillos. Creo que hoy voy a elegir a Samuel. Se me está antojando. Es el menor de todos, pero es muy pesado. Debe tener como diez años. O sea, soy ocho años mayor que él. Ninguno ha entrenado karate durante doce años, como yo. Como quiera es reto, porque ese niño está muy pesado. No lo levanto fácil. En realidad, voy en desventaja.

Saludo a cada uno. Rozamos las palmas de la mano, luego el anverso de la mano, chocamos puños y tronamos los dedos, para terminar pescados del dedo gordo y agitar el resto de los dedos como si fueran las alas de un pájaro. Pero ninguno me saluda con entusiasmo. Están bien molestos; más, sin embargo, me vale madres... Porque sopas...

Jalo a Samuel al pasto y grito: "¡Y empieza la pelea!" Le meto una pierna entre las suyas y lo empujo... y bofos... al piso. Entonces me le trepo encima y empiezo a contar, mientras golpeo el césped con la palma de la mano, como si fuera el referi... Uno, dos y... pero yo mismo me empujo para bajarme de encima de él. "¡Y Samuel se quita la llave, señoras y señores!". Y ahí está el gordito, bien encabronado. Gira el cuerpo de lado, se coloca boca abajo y se levanta. Lo miro y veo que le sale fuego de la boca. Lanza una patada lenta que esquivo fácilmente. Según él, tira a matar. No me hubiera hecho ni madres, si me pega.

Me trepo en la bardita y me lanzo sobre su pecho y al piso. Otra vez lo tumbo. Pero ahora hace un esfuerzo por levantarse y moverme de encima de él.



Pero no puede el gordo. Comienzo a golpear el césped otra vez: Uno... dos... y... y me vuelvo a empujar lejos de él. "Y Samuel se vuelve a quitar la llave, señoras y señores". Y veo que ahora se levanta más encabronado. Se está poniendo buena la pelea. Vuelve a lanzar una patada y el menso se desbalancea y cae. Y me le tiro encima. "Uno... dos... y..." y ya estoy a lado, boca arriba. No puedo quedarme ahí porque si me lanza una patada, sí me pega. Me levanto rápido. Y ahí va para arriba él también. Veo que llegan Sebastián, Ricardo y Luis. Son de los mayores; pero también les saco al menos tres años a cada uno. "¡El público comienza a abarrotar la arena, señoras y señores!".

Y uno de los otros hueros grita: "¡A la esquina de Samuel, llega Ciclón Lunar, señoras y señores!". Y entonces el pinche vato estira la mano y chocan las palmas. O sea, hay relevo. Y el Ciclón Lunar se me viene encima y le tiro una patada de karate y bofos, al piso. Le pegué durísimo. Está sangrando. Pero el chavito se levanta y me tira una patada que esquivo fácilmente. "¡Y a la esquina de Samuel, llega Huracán Ramírez, señoras y señores!". Y que se me lanzan los tres cabrones. Bolas, ahí voy al piso. Me levanto y todos los pinches hueros se levantan. ¡Patatas para que son! A la chingada, se me iban a venir encima los diez. No he vuelto a la cuadra.

TRIPLE COINCIDENCIA

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

"Señorita Luisa McGuire, se le requiere en la recepción," se escuchó decir a una voz masculina por los altavoces del casino. Una belleza que bien podría haber pasado por ganadora de Miss Universo, en pantalones rojos y blusa celeste, se levantó de una de las mesas de la ruleta, cruzó la sala y se dirigió a la recepción. Un hombre le entregó un papel y algo le explicó señalando el mismo papel. Ella lo tomó consigo y se alejó para ir a meterse a una

caseta telefónica. Introdujo una moneda en la rendija de la caja negra y marcó. Esperaba que alguien le respondiera del otro lado de la línea cuando giró su cuerpo y alcanzó a verme, notó que la observaba desde la silla de una de las mesas del Black Jack, donde aún no llegaba el repartidor de barajas. Dirigió su mirada al piso. Yo volví a mi lectura: un artículo de la revista Vogue.

Continué dando vuelta a las páginas hasta que encontré... a una modelo anunciando relojes: una diosa de la belleza, quien me pareció idéntica a la chica de la caseta telefónica. Levanté la mirada en busca de ella y acababa de colgar. Abrió la puerta de vidrio de la caseta y salió. Cruzó la sala del casino, se dirigió a la silla que ocupaba en la mesa de la ruleta, recogió sus fichas y se encaminó a la salida. Yo cerré la revista y me dirigí detrás de ella. La encontré esperando el elevador. Me detuve observando desde lejos. La puerta del ascensor se abrió y subió en él. Yo me quedé mirando desde lejos. Notó que la observaba y no se intimidó. Levantó el cuello y giró su mirada hacia otro lado, de manera altiva. Tomé asiento en la sala de espera y me quedé viendo los números encima de la puerta del elevador: la luz indicando cada piso por el que transitaba el ascensor. Paró en el piso 14. Volví a mi revista.

Recorrí otra vez los artículos de opinión: un análisis de la amenaza Iraquí para Israel, otro sobre la amenaza de Siria para Israel y Estados Unidos, y un último sobre la amenaza Iraní a los Estados Unidos. "Mentiras", eso es lo que a mí me parecían: una serie de inventos para justificar el arribo de más tropas norteamericanas a la región. De pronto se escuchó un timbre. La chica Vogue había descendido del elevador y esperaba que alguien la atendiera en la recepción. El mismo hombre regresó y recibió un maletín de manos de ella, luego se despidieron. Él se metió en la oficina detrás de la recepción y ella se dirigió a la salida. Yo me levanté tras ella.

Subió a un taxi del casino. Yo tomé el siguiente: "Siga al auto de adelante", le dije al conductor. "La semana pasada me pidieron lo mismo", me dijo el hombre. "¿Con la misma chica?", le pregunté. "No, un grupo de turistas que no cabían en un solo taxi. Tomaron dos y el de adelante era quien conocía la dirección a la que se dirigía el grupo". "Algo similar está sucediendo aquí", le respondí al chofer. "Pero este juego sí que me gustaría entenderlo", me dijo el hombre. "En su momento lo comprenderá", le respondí, "solo quiero pedirle que no se acerque mucho al auto que seguimos", concluí.

Tomamos Las Vegas Boulevard en dirección sur. Seis kilómetros, hasta que nos encontramos a las puertas de un cementerio. El taxi de la chica se detuvo ahí. Nosotros paramos cien metros atrás. Ella descendió y el auto se alejó. Algo sacó de su bolso blanco. Un artefacto negro. Por la forma en que lo sostenía, parecía un revólver. Comenzó a caminar de un lado al otro, como si meditara, luego de manera cada vez más agitada hasta que se apuntó en el estómago. "¡Suene el claxon!", le dije al taxista. Ella volteó a vernos. "Continúe hasta allá, por favor". Guardó el arma.

Cuando estuvimos junto a su lado, bajé el vidrio y le dije: "Suba". Abrió la puerta y se sentó junto a mí, en la parte trasera del auto. Hice una señal al conductor para que condujera. "Mi novio está enterrado en ese cementerio", me dijo, dejando salir su emoción en llanto. Guardé silencio. Se me nublaron los ojos y estuve a punto de que se me cerrara la garganta. "La entiendo... Mi esposa también está enterrada ahí". Aguardé, a punto de unirme a su llanto. "Pero no puede soltar su vida así", le dije. "La vida es injusta", respondió. Transcurrieron unos segundos y dije: "Sumamente". Me eché para atrás, recargando mi espalda en el asiento, sabiendo que finalmente había encontrado a alguien en la vida quien me entendería.



Madame de Staël

(Germaine Necker, baronesa de Staël-Holstein; París, 1766 - 1817) Escritora francesa. Era hija de Jacques Necker, director del tesoro real (1776) y de las finanzas (1777) bajo Luis XVI. En el salón de su madre conoció, entre otras personalidades, a D'Alembert, Buffon, Chamfort y Grimm. En 1786 contrajo matrimonio con el barón de Staël-Holstein. Al estallar en 1789 la Revolución Francesa, convirtió su salón de la rue du Bac en uno de los principales centros literarios y políticos de la capital.

A la caída de la monarquía abandonó París (1792) y viajó a Gran Bretaña (1793) y a Suiza (1794), donde conoció a Benjamin Constant, con quien sostendría relaciones sentimentales hasta 1808. Tras su regreso a Francia (1795) y un nuevo exilio, se instaló en París en 1797. Intentó ser la inspiradora de la política de Napoleón, pero el emperador desconfiaba de sus ideas liberales. Apoyó a Constant cuando éste se opuso al autócrata (1803) y de nuevo tuvo que volver al destierro.

Durante diez años alternó sus estancias en el castillo de Coppet con numerosos viajes; en 1804 conoció a Goethe y a Schiller en Alemania y emprendió un viaje por Italia. De 1812 a 1813 recorrió diversos países europeos y, tras la caída de Napoleón, regresó a París, donde abrió de nuevo su salón.

Entre sus ensayos cabe citar De la influencia de las pasiones sobre la felicidad de los individuos y de las naciones (1796), De la literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales (1800), Alemania (1810) y Consideraciones sobre los principales acontecimientos de la Revolución francesa (1818). Es autora también de las novelas Delphine (1802) y Corinne o Italia (1807), y de la obra testimonial Diez años de destierro (1821).

Mónica Lavín

Escritores como personajes

Las vacaciones recorren cortinas, no sólo la ciudad se aquieta sino que los libros se nos abren como viajes en los que nos podemos perder con más serenidad y desparpajo. Hace poco en Twitter, ahora X (no me puedo acostumbrar al poco amable nuevo nombre) uno de esos hilos lanzados preguntaba qué libros sobre escritores conocíamos, es decir, donde el personaje fuera un escritor. Me pareció interesante la provocación y enlisto algunos que he leído y me han gustado. Una de las razones es que soy escritora, claro, y me identifico con las búsquedas, titubeos y zozobras del personaje. Otra, es que como todo lector/a, quiero ser acompañada. Eso que llamamos identificación puede ocurrir de manera más clara.

Me está gustando mucho escuchar Baumgard de Paul Auster. Para empezar es la voz del autor, y aunque sabemos que leer es darle vida de nuevo a la voz de los ausentes, el sonido que produce el cuerpo es un elemento vivo. Escuchar al personaje, un escritor que recién ha enviudado, narrado desde la primera persona con la intención, claridad y timbre de Paul Auster es un deleite que recomiendo si el inglés es un idioma que conocen. Me siento afortunada por ello, me pasaría lo

mismo con la lengua de cada uno de los autores que leemos traducidos.

Cuando Baumgard explica que ha terminado la novela y que no la debe tocar porque hay una liga emocional con ella, sino alejarla, revisarla ya que se pueda relacionar de otra manera con el texto, siento que me habla al oído, que los gajes del oficio nos hermanan. Baumgard tiene la intención de sacar del espacio privado e íntimo los poemas que su mujer no publicó. Dar al mundo, dice el personaje con la voz de Auster. Y me quedo como planeta alrededor del sol, orbitando en la afirmación. Escribir es dar al mundo. Gracias, Paul.

Pregúntale al polvo, de John Fante, escritor italoamericano, es una de mis novelas reverenciadas. Arturo Bandini ha publicado un cuento en una revista "El perrito que ríe", y le ha ido bien, ganó unos dólares y salió a la luz. Ahora se ha mudado al centro de Los Ángeles, a ese curioso departamento de Bunker Hill, cerca de la Biblioteca Pública para escribir, lo que le cuesta trabajo, se sabotea, vive, cuando publica algo se gasta todo de inmediato. No es capaz de expresar su amor a Camelia, la mexicana. Pero ha escrito una novela y los personajes surgieron de su propia experiencia,



de sus tribulaciones con el catolicismo de casa, con saberse ciudadano de segunda como la mexicana que le gusta, como el homosexual que padece sida. Ser escritor es tener doble ciudadanía, me quedo pensando. Pertenece aquí y allá. El mundo de las palabras dialogando con el cotidiano. Hay que leerla y si van a Los Ángeles les emocionará reconocer los nombres de las calles en esa zona del centro: Arturo Bandini, John Fante, Bunker Hill.

El libro vacío, de la mexicana Josefina Vicens, es un clásico de la batalla de un hombre por avanzar en la escritura sin lograrlo. Es colocarse frente a la página y

sacudirla y dejar un poco de la vida en ella. Es esa radiografía íntima del proceso y la doble ciudadanía de quien desea construirse un territorio de palabras entre las exigencias de la vida.

En Expiación, del inglés Ian McEwan, el twist final de la compleja historia de amor y desamor en la Segunda Guerra Mundial, de límites sociales y prejuicios que hemos estado leyendo, nos revela el empeño de escritura de la chica que ha comprendido demasiado tarde lo que de verdad ocurrió. La escritura como un acto de redención.

ad pédem literae

¿Cual es el sueño de los que están despiertos?. La esperanza

Carlomagno

Letras de buen humor

No basta con alcanzar la sabiduría, es necesario saber utilizarla

Cicerón